

Le buscaba con mas rabia,  
Viendo su descortesía,  
Le dice: —Valiente, baja  
De ese bruto, y como nobles  
Harémos campal batalla;  
Mas viendo que no hace caso  
De lo que le demandaba,  
Le esperó, y con gran valor  
Le metió por una ijada  
Al Duque el agudo acero,  
Que le pasó las entrañas,  
Y él herido en la cabeza  
Salió de otra cuchillada,  
Que le hizo tomar la tierra,  
A pesar de su arrogancia;  
Y el Duque, desatentado,  
Daba vueltas por la plaza  
Tirando á diestro y siniestro  
Reveses y cuchilladas.  
Con las ansias de la muerte  
Cayó el infeliz de espaldas,  
Al tiempo que Teodomiro  
Del suelo se levantaba  
Por buscar á su contrario  
Con esfuerzo y arrogancia,  
Cuando vió que le decía:  
— Buen caballero de fama,  
No me acabes de matar;  
Llévame al Rey, porque haga  
Declaracion del suceso

De mi traidora venganza!—  
Tomándole por la mano,  
Del suelo lo levantaba,  
Y en la presencia del Rey  
Dijo con voz delicada:  
—Invictísimo señor,  
Sabrás que esa falsa carta  
Que os dije que vuestra hija  
A Teodomiro mandaba,  
La escribí yo por vengarme  
De vuestra hija Diana,  
Por verme tan despreciado  
De su beldad soberana.  
No puedo proseguir mas,  
Porque el aliento me falta.—  
Y entre fatigas y penas  
Dió fin á su desastrada  
Vida, con que agradecido  
El Rey, al instante manda  
Que á Teodomiro lo lleven  
A palacio y lo curaran.  
Sano en fin de sus heridas,  
Se desposó con Diana;  
Después, por muerte del Rey,  
Por su rey lo coronaban,  
El cual vivió largos años  
Gozando á su esposa amada  
Con placer y regocijo,  
Rindiéndole al cielo gracias.

(El rey Claudio, etc. Pliego suelto.)

### SECCION DE ROMANCES VULGARES NOVELESCOS.

1263.

LAS PRINCESAS ENCANTADAS, Y DESLEALTAD  
DE HERMANOS.—I.

(De Alonso de Morales<sup>1</sup>.)

Cuando el católico rey,  
Que globos de estrellas pisa,  
San Fernando, rey de España,  
Lanzó la secta morisca  
De la España y sus dominios,  
Con su invencible cuchilla,  
Muchos nobles caballeros  
Descendientes todavía  
De los primeros alarbes  
Que hubo cuando la conquista,  
Fué entre ellos un poderoso,  
El cual por su bizarría  
Fué luego electo por rey  
En las fértiles provincias  
De la parte del Oriente  
Que se nombraba la Siria;  
Su nombre era Clotaldo,  
Era casado y tenía  
De su feliz matrimonio  
La belleza de tres hijas,  
Que en las humanas deidades  
Se llevaban la primicia.  
Viéndolas el Rey su padre  
Que pocas las merecian,  
Ordenó hacer un castillo  
De vistosa simetría,  
Y de altura formidable,  
Que aun la mas aguda vista  
Sus pirámides y almenas  
Penetrarlas no podia.  
Allí dispuso encerrarlas  
Con infernal inventiva,  
Pues buscó un mágico sabio  
Que con hechizos hacia  
Nigrománticos enredos.  
A este el Rey notifica

Haga un fuerte encantamiento,  
Y que no puedan ser vistas  
Ni vencidas de ninguno  
Hasta que el Rey lo permita,  
Dejándolas emplazadas  
Como en clausura continua;  
Y fué el poner tres caballos,  
O satánicas arpias,  
Para cada uno el suyo.  
Donde el encanto se cifra.  
Después expidió un decreto  
En toda su monarquía,  
Que cualquiera caballero,  
O noble de sangre limpia  
Que pueda entrar en la torre,  
Si aquel encanto conquista,  
En sus hijas tendrá el premio:  
Quiénes logren esta dicha  
Serán casados con ellas  
Sin haber quien se lo impida.  
Muy bien conocía el Rey  
La dificultad que había,  
Y con esta confianza  
Por premio las ofrecía.  
Corrió todos sus estados  
Velozmente esta noticia.  
A este tiempo tres hermanos,  
De gallarda bizarría,  
Caballeros, y aunque pobres,  
De ilustre genealogía,  
Nacidos en Dinamarca,  
Al saber esta noticia  
Dispusieron valerosos  
El partirse á grande prisa,  
Por ver si su feliz suerte  
Quiere que tal bien consigán.  
Ya los tres reconocidos  
Dejan su patria y caminan  
Hasta llegar á la corte,  
Y con la atencion debida  
Dijeron al Rey su intento,

Y al punto mandó que pidan  
Todo lo menesteroso  
De cuanto se necesita.  
Pidió el mayor y el segundo  
Caballos y armas lucidas,  
Y el menor dijo que un carro  
Tan solamente pedia  
Con dos bueyes, y que en él  
Pongan para muchos dias  
Gran prevencion de sustentos  
De comidas y bebidas,  
Muchos clavos y una cuerda  
De largura sin medida.  
Hechas estas diligencias  
Que ya llevo referidas,  
Salen los dos á caballo,  
Y dentro de pocos dias  
Le dieron vista al castillo,  
Y á su eminencia se arriman;  
Mas luego experimentaron  
Sus diligencias perdidas,  
Pues viendo la elevacion  
Fallecen y desaniman.  
Algunos dias gastaron  
Dando ideas discursivas  
Cómo poder conquistar  
Torre tan fortalecida;  
Mas viendo no ser posible,  
Ya cansados, determinan  
Volverse para su patria  
Sin premio á tanta fatiga.  
Tomaron la misma senda  
Que anteriormente traian,  
Y en medio de ella encontraron  
Al hermano que venia  
Muy poco á poco, en su carro  
Con prevencion de comida,  
Y al verlo le propusieron  
Los imposibles que habia  
Para conquistar el fuerte,  
Que se vuelva y no prosiga.  
No bastaron persuasiones,  
Plegarias ni rogativas.  
Después que hubieron comido  
Volvieron en compañía;  
Llegaron segunda vez  
A la encantada alquería:  
Hicieron alto y descargan  
Los viveres que traian.  
Fué el mancebo examinando  
La torre, que no tenia  
Puerta, puente, ni rastrillo,  
Ventanas ni celosias,  
Y bien registrada toda,  
Ciñó á su cintura misma  
Una banda, entre la cual  
Los fuertes clavos afirma,  
Cogió un clavo y una cuerda  
Y un buen martillo en la cinta.  
Con artificiosa maña  
Y astucia tan bien lucida  
Llegó al extremo postrero,  
Y apenas sus cumbres pisa  
Le salieron al encuentro  
Tres hermosísimas ninfas,  
Mostrando ser sus bellezas  
Aun mas que humanas divinas,  
Diciéndole: —¿Quién sois, jóven,  
Que con tan libre osadía  
Has profanado el decoro  
De este alcázar, donde habitan  
Tres princesas? Pues tu muerte  
Pagará tal demasia.  
El respondió: —Pues, señoras,  
Como ese favor consiga  
De morir á vuestros ojos,  
Causará mi muerte envidia,  
Y así tendréis por sabido,  
Que como ustedes permitan

Que las libre de este encierro,  
Aunque para la salida  
Todo el mundo se me oponga,  
No es posible que me riuda.—  
Unánimes respondieron:  
—Pues como el valor te asista  
Todas tres te obedecemos  
Muy grandemente propicias,  
Y te será bien premiado;  
Mas para eso precisa  
Que á tres hermosos caballos  
Que en este castillo habitan,  
A cada uno una cerda  
Les quites, porque en las mismas  
Está nuestro encantamiento,  
Y todos en mucha estima,  
Porque en cualquiera fracaso  
Que te halles no te asijas  
Si el elemento del fuego  
A cada uno le aplicas.—  
Esto dijeron, y luego  
Con atenta cortesía  
Dispuso bajar las damas  
Que de placer y alegría  
Mil parabienes le daban  
Con ternezas y caricias.  
Al impulso de la cuerda  
A la hermana mayor liga,  
Y con valor increíble  
En tierra la deposita.  
Lo mismo fué la segunda,  
Quedó sola la mas chica;  
Le dijo: —Jóven gallardo,  
Toma aquesta gargantilla,  
Que en valor, poder y hechura  
Otra alguna no la imita,  
Y aunque en diversos trabajos  
Te atormenten y persigan,  
Jamás te enajenes della,  
Que podrá ser que algun dia  
Te importe; y con esto el ciclo  
Te libre como nos libras.—  
Con esto descendió al suelo  
Con la misma armonía.  
Y habiéndolas ya librado  
De esclavitud tan indigna,  
Le arrebataron la cuerda.  
¿Quién vió mayor bastardía  
Entre hermanos! Pues se halló  
Con la esperanza perdida  
De bajar, pues ni los clavos  
Hincados en ella habia.  
Entonces los dos hermanos  
Con infernal avaricia,  
Conociendo que su hermano  
Todo el premio merecia,  
Envidiosos dispusieron  
Ponerse luego en huida.  
Montándolas en sus brutos,  
Volaban y no corrian,  
Hasta llegar á la corte  
Donde el Rey se maravilla  
En ver á sus hijas libres,  
Que aun viéndolas no lo creia.  
Ellas guardaron secreto:  
Solo dijeron que habian  
Por los dos sido libradas  
Con gran valor y osadía;  
Y viendo el Rey que eran nobles  
Al proviso determina  
Desposar las dos mayores,  
Con fiestas muy divertidas.  
Volvamos al otro hermano,  
Que afligido y pesaroso,  
Melancólico y suspenso,  
Lleno de horrores y espanto  
Quedó en la torre el mancebo,  
Sin hallar norte ni senda  
Para salir del encierro,



Pero entre tantas fatigas  
Se acordó que le dijeron  
Que en los caballos tendría  
De sus penas el remedio.  
Se fué al sitio donde estaban,  
Que sabía por muy cierto  
El que le pertenecía  
A su enamorado dueño  
Que le dió la gargantilla,  
En el cual montó lijero.  
Dió un brinco tan formidable  
El bruto, y con tal estruendo,  
Que pareció que la torre  
Se arrancaban sus cimientos,  
Y aun creyó de que el abismo  
Se los tragaba en su seno;  
Y al volver en sí se halló  
En un áspero desierto,  
Todo poblado de troncos,  
Tan montuoso y espeso,  
Que jamás le penetraron  
Del sol los claros reflejos.  
Caminó a larga distancia,  
Cuando encontró a un ganadero,  
Que pastaba su rebaño.  
Al cual dijo que de cierto  
Le dijese qué parajes  
O países son aquellos.  
Respondió muy agradable:  
—Esta tierra es de suecos,  
Y según dice este traje,  
Vos no sois de aqueste reino.  
—No, amigo, le replicó:  
Soy un pobre forastero,  
Que buscando mi fortuna  
Me ha traído a tal extremo;  
Y por quien sois os suplico  
Que nuestras ropas cambiemos:  
Bien conocéis la mejora  
Que se os sigue en hacerlo.—  
Cambiaron, y quedó en breve  
Nuestro noble caballero  
Todo vestido de pieles,  
Y de un reciente cordero  
De la piel hizo una gorra  
A fin de cubrir el pelo.  
Vestido á lo pastoril  
Tan tosco como grosero,  
Pidiendo á algunos limosna  
Pasaba de pueblo en pueblo.  
Llegó al reino donde estaban  
Sus hermanos, que de cierto  
Estaba ochocientas leguas,  
Lo cual gastó mucho tiempo,  
Y con las calamidades,  
Trabajos y contratiempos  
Mudó la facción del rostro  
Muy distinto del primero.  
Fingía llamarse Juan,  
Y con estos fingimientos  
Se hizo loco declarado,  
Pues ya para conocerlo  
Decían Juanillo el loco,  
No dándole en nada asenso.  
En aqueste tiempo, el Rey  
A su hija por momentos  
La decía se casase  
Para llevar en muriendo  
El consuelo que quedaban  
Todas tres ya con empleo;  
Y ella siempre se negó  
A sus misiones y ruegos,  
Hasta ver si la fortuna  
Le traía el dulce objeto  
A quien dió la gargantilla,  
Como referido dejó;  
Pero la discreta dama  
A sus solas y á su intento,  
Dibujó una gargantilla

Al arte, forma y modelo  
De la que le dió en la torre  
Al que se muere por verlo.  
Dijole á su padre entonces  
Que se buscara un maestro  
Que sin que le falte un punto  
Haga otra, pues su intento  
Es ver si hallaba la suya,  
Y sin que haya remedio  
Promete ser digna esposa  
De aquel que la tenga; y esto  
Se puso luego por obra.  
Se buscó entre los mas diestros  
Al mas sapiente alquimista  
Que habia entre los expertos.  
A este tiempo habia entrado  
A servir de mandadero  
Juanillo, el fingido loco,  
Pasando plaza de serlo.  
Dióle el Rey dicho dibujo,  
Al alquimista, y diciendo  
Que en el tiempo de dos meses  
Con primor, arte y concierto  
Se ha de hacer la gargantilla,  
Y que de haber falta en ello,  
Al impulso de un verdugo  
Le hará dividir el cuello.  
Llevó el dibujo á su casa,  
Y luego fué previniendo  
Las esmeraldas mas finas,  
Los diamantes de mas precio;  
Mas con todo no podía  
Hacerla, y entonces viendo  
Que se pasaban los dias  
Y el tiempo se iba cumpliendo,  
Era sin igual la pena  
Por saber que sin remedio  
Moriría si no hacia  
Lo que se habia propuesto.  
Viéndole su mozo triste,  
Dijole:— Señor, yo quiero  
Que me digáis los motivos  
De la tristeza en que os veo,  
Por ver si á vuestros pesares  
Algo remediarlos puedo.—  
Por último se lo dijo,  
Que es alivio del enfermo  
El comunicar sus males;  
Que en parte se alivian ellos  
Dijole al amo:— Señor,  
Sin duda alguna me atrevo  
De hacerla mejor mil veces  
Que lo que el Rey ha propuesto.—  
Todo lo menesteroso  
Le puso en un aposento,  
Dejándole allí encerrado,  
Y él muy alegre y contento  
Por saber bien que en su mano  
Pendía todo el enredo.  
Con una sin igual pena  
Llegó el día postrimero,  
Y el amo triste y lloroso  
Fué aquel día mismo á verlo,  
Y apenas entró le dijo:  
—Pues, Juan simple, ¿qué tenemos?—  
Mas él con fingida risa,  
Y con agradable ceño,  
Le dijo:— Ya, nuestro amo,  
No ha de ser el Rey sangriento  
Contra vos, pues ya la pieza  
Con todo primor se ha hecho.—  
Sacando la gargantilla,  
Que fué el origen primero,  
Quedándose el amo absorto,  
Pues ignoraba el misterio,  
Mil parabienes le daba  
Con muchos ofrecimientos.  
La tomó, y se fué á palacio,  
Y en las manos del Rey mesmo

La puso; pero la Infanta,  
Luego al punto que la dieron  
La noticia, vino a verla,  
Y la conoció al momento,  
Diciendo:— ¿Qué lapidario  
Es de esta obra el dueño?  
¿Quién hizo tan bella alhaja?  
Porque quiero conocerlo.—  
Y el maestro receloso  
No le cojan en enredo,  
Cantó desde su principio  
Toda la verdad del hecho.  
Entonces dijo la Infanta:  
— Ya, padre, se llegó el tiempo  
De que me haya de casar,  
Sea quien fuere el sugeto.—  
A palacio fué llevado,  
Y luego se conocieron,  
Solamente que los dos  
Supieron guardar secreto  
Hasta mejor ocasión,  
Como en efecto lo hicieron.  
Le fué fuerza al Rey casarlos,  
Aunque con gran sentimiento.  
Sus hermanos y cuñadas  
Le decían vituperios;  
Mas poco tiempo duró  
Desatar aqueste enredo,  
Y para dar finiquito  
De este admirable compendio,  
Quiere Alonso de Morales  
Darlo todo por extenso,  
Y en otra segunda parte  
Deshacer quejas y duelos.

(Las Princesas encantadas, etc. Pliego suelto.)

<sup>1</sup> Hé aquí algunos de los poquitos romances, pero modernos y del siglo pasado, que se hallan directamente hechos sobre los cuentos ó consejas orientales. que los árabes nos transmitieron y dejaron tan impresos en la memoria, que desde muy remotos tiempos hasta ahora han servido en el hogar doméstico y en boca de los ancianos para recreo de las familias. Lo extraño es que siendo muy populares entre nosotros, haya tan pocos escritos, impresos y versificados, y que hayan quedado, por decirlo así, únicamente confiados á la tradición oral.

<sup>2</sup> Desde este verso cambia de asonante la composición, quizá porque desde él comienza otro romance que continúa el asunto del anterior.

1264.

PROSIGUE EL ASUNTO DEL ANTERIOR. — II.

(De Alonso Morales.)

Teniendo la hermosa Infanta  
Sus gustos ya conseguidos,  
De su gargantilla y dueño  
Que la libró del peligro,  
No dudó darle la mano  
Como habia prometido,  
Causando en el Rey tal pena,  
Que fué bastante motivo  
Que todo el mundo afease  
El mal gusto que ha tenido,  
Reduciéndolo á tristeza  
En vez de hacer regocijos,  
No queriendo que en palacio  
Viviese, ni aun por indicios;  
Y afuera en los extramuros  
Un tosco albergue les hizo,  
Donde apartados viviesen,  
Sin ser oídos ni vistos.  
Su esposa allí le rogaba  
Que no se mostrase tibio  
En descubrirse, pues todos  
Afeaban sus delirios;  
Mas él hasta mejor tiempo  
Tuvo el secreto escondido.  
Lloraba el Rey su desgracia,  
Sin hallar en nada alivio:

Tanto fué, que cayó enfermo,  
Ya de la vista perdido,  
Que con el continuo llanto  
Quedó ciego sin sentido.  
Vinieron médicos sabios  
Haciendo consulta unidos,  
Hasta que el último acuerdo  
Fué decir que entre unos riscos  
En los montes de Esclavonia  
Estaba el único alivio,  
En las aguas de una fuente;  
Mas que habia un gran peligro  
Por las indómitas fieras  
Que habitan en aquel sitio,  
Y consiguiendo el traerla  
Tendría el buen Rey alivio.  
Los dos yernos se ofrecieron  
Prontos y reconocidos,  
Aunque aventuren sus vidas  
Y pasen diez mil peligros.  
Esto lo supo el hermano,  
Y sin darle á nadie aviso  
Llamó al caballo encantado,  
De los tres el primitivo,  
Y montándose salió  
Mas veloz que un torbellino.  
Fué á la fuente, y tomó el agua,  
Y viniendo de camino  
Se encontró con sus hermanos  
Que iban al intento mismo,  
Y les dijo:— Caballeros,  
Ese trabajo es perdido,  
Que aquí llevo ya el agua,  
Y aguardo un premio crecido.—  
Entonces los dos á un tiempo  
Le dijeron:— Noble amigo,  
Nosotros te le daremos  
En plata y en oro fino,  
Como el agua quieras darnos.—  
Y prontamente les dijo:  
— No quiero otra cosa en premio  
Que dos peras que he sabido  
Que á ustedes presentó el Rey  
Por favor muy exquisito;  
Y pues consigo las traen,  
Esto es lo que en premio pido.—  
Luego se las ofrecieron  
Por entrar mas aplaudidos.  
Hecho entre los tres el cambio  
Se volvieron al proviso,  
Con lo cual cobró el Rey vista,  
Y ellos el quedar lucidos.  
Tuvo de allí á poco tiempo,  
Con grandísimo peligro,  
El Rey otra enfermedad,  
Y médicos muy peritos  
No encontraban medicinas,  
Hasta que el mas sabio dijo  
Que en los desiertos de Albania,  
Entre sus montes altivos,  
Hay entre sus muchas fieras  
De tanta especie é instintos,  
Muchas leonas: si á una  
Pudieran con artificios,  
Sin darla muerte, sacarla  
El néctar de su recinto,  
Era singular remedio;  
Lo cual no hay otro mas fijo.  
Unidos los dos hermanos,  
Oyendo lo que va dicho,  
Por gozar todos los fueros  
Salieron bien prevenidos.  
El pequeño al mismo tiempo  
Salió al campo, y con un grito  
Llamó al segundo caballo,  
Y luego que hubo venido,  
Se montó, aunque disfrazado  
Con otra forma y vestido.  
Llegó al monte, y como iba



Con la magia y el hechizo,  
Pudo coger la leona  
Sin que de él fuese sentido,  
Y sacó porción de leche,  
A su elección, cuanta quiso.  
Se volvió, y á pocas leguas  
Encontró los referidos  
Hermanos, que deseosos  
Ser del Rey los mas validos,  
Iban resueltos y osados  
Por quedar mas aplaudidos.  
Luego que se saludaron,  
Así les habló y les dijo:  
—Amigos, yo ya he logrado  
Lo que pretendéis vos mismos.—  
Ruéganle que se la diese  
Por cuanto fuese servido.  
Y él les dijo:—Caballeros,  
Luego otorgaré el partido,  
Si permitis que una oreja  
Os corte con mi cuchillo  
A cada uno, y el cambio  
Se hará sin que haya entredichos.—  
Al principio este concierto  
Gran dificultad les hizo;  
Mas por granjear honores  
Otorgaron el partido,  
Pues encubrían el defecto  
Las pelucas y capillos.  
Llegaron muy orgullosos,  
Y fueron bien recibidos  
De todos, pues fué la leche  
Unico bálsamo fino  
Con que recuperó el Rey  
Cuanto tenia perdido.  
Sucedió que en este tiempo  
Otro rey enfurecido  
Le puso á Clotaldo guerra  
Con rigor ejecutivo;  
Se hallaba muy abrumado  
Por su mucho poderio.  
Llamó á sus yernos á solas  
Diciéndoles que su arbitrio  
Era el que fuesen los dos  
Con silencioso sigilo  
A registrar con espías  
El campo del enemigo.  
Con esta resolución  
Los nombró el Rey por caudillos,  
Fiando en ellos la empresa  
Como que eran ya sus hijos.  
Salieron á ver el campo,  
Donde el contrario atrevido  
Esperaba, mas tuvieron  
Su merecido castigo.  
No hacían caso del loco,  
Dándole siempre al olvido;  
Mas él de cuanto pasaba  
De todo tenia aviso.  
Se fué á un desierto, y allí  
La misma operacion hizo,  
Llamando al tercer caballo  
Y fué armado al proviso  
Con lucidísimas armas  
De acero terso y bruñido.  
Se fué al campo de la lid,  
Y con invencible brio,  
Imitando á Santiago,  
Entre los contrarios hizo  
Estragos tan formidables  
Que los dejó destruidos,  
Ganándose dos banderas,  
Y trayéndolas consigo,  
Encontró á los dos hermanos,  
Que siempre fué su enconradizo,  
Que iban descubriendo el campo;  
Hablóles muy comedido:  
—Amigos, ya venis tarde,  
Que siempre pierde el tardío;

Y así para esta conquista  
Muy frívolos habeis sido,  
Porque ya por otras fuerzas  
Quedan muertos y vencidos,  
Lo cual estas dos banderas  
Y de esta espada los filos  
Para abouar la verdad  
Son suficientes testigos.—  
Dijéronle si queria  
Quedar en extremo rico,  
Las redujese á monedas,  
Que pida y no sea omiso.  
Dijoles que no estimaba  
Por ellas ni aun cien bolsillos,  
Que solamente estimaba,  
Si querían consentirlo,  
El marcarlos con un hierro  
Adonde fuesen servidos:  
Serán las banderas suyas  
Si convienen en lo dicho.  
Ni las orejas ni peras  
Les hicieron tal ruido  
Como el considerarse  
Esclavos sin ser cautivos.  
Mas ¡oh codicia avarienta!  
¡Oh interes de los siglos!  
Por último concedieron,  
Y él hizo un hierro encendido,  
Y en la espaldilla siniestra  
Los señaló á los dos hijos.  
Se fueron con las banderas,  
Y dijeron haber sido  
Los que á todos los contrarios  
Vencieron sin ser vencidos.  
Aquí fueron los placeres,  
Que no es dable referirlos.  
Creció con mayor extremo  
El odio y rencor maldito  
Del Rey contra el tercer yerno  
Por ser hombre tan indigno,  
Que determinó arrojarlo,  
Porque jamas fuese visto,  
A unas islas muy remotas;  
Mas él humilde y propicio  
Le pidió al Rey por merced  
Se muestre con él benigno,  
Que el día de su partida  
Dentro del palacio mismo  
Se junten todos los grandes,  
Sin faltar ninguno al sitio  
Para un famoso convite.  
Esta súplica le hizo  
Que por último consuelo  
Lo pide y ha de cumplirlo:  
Le concedió el pedimento  
Y acudió inmenso gentío.  
Fué el que tenían por loco,  
Y se adornó de un vestido  
Que su valor y hermosura  
Fué en grado superlativo;  
Se afeitó y quedó su rostro  
Brotando grana y armiño:  
Entró dando envidia á todos  
Al ver su garbo y su brio.  
Entónces lo conocieron  
Sus hermanos de improviso,  
Que les motivó un desmayo  
Envueltos en sudor frio.  
Sacó entónces las dos peras  
Diciendo:—Ya no permito  
Me digan mas vituperios,  
Que bastantes he sufrido  
Por mis traidores hermanos,  
Sin haberlos merecido.  
Sabed, sabed la verdad:  
Yo, gran señor, soy el mismo  
Que libérté las Princesas,  
Bien lo saben que yo he sido;  
El mismo que traje el agua,

Por lo que hube conseguido  
Que estas dos peras me diesen:  
Se dió por verdad lo dicho;  
Y ahora quiero que todos  
Manifiesten sus oídos.—  
Quitáronse las pelucas,  
Y luego en los dos se vido  
Que les faltaba una oreja,  
Y él las saca del bolsillo  
Diciendo:—Estas son las mismas  
Que á los dos corté yo mismo  
Cuando trajeron la leche  
Que os dió en los ojos alivio,  
Gran señor; y para que  
Queden del todo corridos  
Descúbranse las espaldas,  
Veréis son esclavos míos,  
Que así lo dirán las señales.—  
Este fué el mayor martirio  
Y vergüenza que pasaron,  
Manifiestar lo escondido.  
De aquesto ya satisfecho,  
En público luego dijo:  
—Esto lo he hecho tan solo  
Porque estos hermanos míos  
Trazaron la falsedad  
Que ejecutaron conmigo;  
Mas para que de mi pecho  
Conozcan lo esclarecido,  
Yo les perdono ya todos  
Los agravios cometidos.—  
Y viendo el Rey que de todos  
Aplausos, solo era digno,  
Le dió un muy estrecho abrazo,  
Diciéndole:—Amado hijo,  
Si hasta aquí te he despreciado,  
Mudo desde hoy el designio;  
Tú solo serás de todos  
Mis bienes hereditivo.—  
Como así fué, que por muerte  
Del Rey gozó el señorío.  
No quiso que á sus hermanos  
Les diesen ningún castigo,  
Sino que allí se quedasen  
Sin que tuviesen dominio  
En cosa alguna en palacio.  
Estos son los merecidos  
Que consiguen los avaros  
Que emprenden casos indignos;  
Y así quien todo lo quiere  
Todo lo pierde, y es fijo.  
Y Alonso de Morales,  
Que este suceso halló escrito,  
Quiso reducirlo á versos  
Al mandato de un amigo,  
Pues los que súbditos nacen  
Obedecer es preciso.

(Las Princesas encantadas, etc. Pliego suelto.)

## 1265.

## EL VIOLIN ENCANTADO.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Todo el mundo me esté atento,  
Alargando las orejas,  
De manera que los hombres  
Mulos manchegos parezcan;  
Dejen de mentir los sastres,  
De presumir las mozelas,  
De hilar y arrojar gargajos  
Las descomunales viejas;  
No escupan los fumadores,  
Y los horrachos con flema  
Estén con el vaso en mano  
Hasta caer en la tierra;  
Cesen de hablar los soldados  
Refiriendo en las tabernas

Las batallas y combates  
Que ellos á su salvo inventan;  
Los jugadores de naipes  
Dejen las barajas quietas,  
No sacando vaticinios  
De las vanas apariencias;  
Los loteros cavilosos  
No miren á las estrellas,  
Y de ambo y terno se olviden,  
Y las cábalas suspendan;  
En fin, repito me estén  
Todas las almas atentas,  
Y de hito en hito escuchando  
Con sentidos y potencias.  
Y suponiendo se preste  
A mi mandato obediencia,  
Empiezo mi relacion  
Diciendo cómo en Ginebra  
Servía á un amo muy elusivo  
Un mozo bastante bestia;  
Y á los tres años cumplidos  
Que en su servicio se emplea,  
Le pidió el criado al amo  
De su salario la cuenta.  
El amo se la ajustó,  
Y le dió por recompensa  
De cada año un escudo,  
Sin que algo mas se extendiera.  
El gran simpón del sirviente,  
Sin mas despegar la lengua,  
Se contentó de la paga,  
Que la creyó muy completa;  
Y él se decía á sí mismo  
Con extrema complacencia:  
—¿Qué mas puedo desear  
Que la presente riqueza?  
Ya no quiero trabajar,  
Pues tres escudos, que cuenta  
Mi bolsillo, poseer  
Es una fortuna inmensa;  
Me voy á correr el mundo  
Y á divertirme sin rienda,  
Que un caudal de tres escudos  
Para todo tiene fuerzas.—  
Esto dicho, tomó el cosque,  
Y á salga lo que saliera,  
Sin direccion ni destino  
Tomó la primera senda.  
A poco rato de andar,  
Atravesando una selva,  
Cantando como un jilguero,  
De contento el alma llena,  
Héte aquí que al lado suyo  
Un enano se presenta,  
De tan extraña figura  
Que al demonio se asemeja,  
Y le pregunta la causa  
De aquel placer que demuestra.  
El ginebrino responde:  
—¿Cómo he de tener tristeza  
Cuando tengo un gran bolsillo  
Atestado de monedas?  
El salario de tres años  
Lo tengo en mi faltriquera,  
Que compone tres escudos,  
Suma que no tiene cuenta.  
—¡Ah, dijo al punto el enano,  
Si yo tal suma tuviera,  
Un poderoso sería  
Y saldría de miserias!  
Si esa suma darme quieries  
Yo te otorgaré por ella  
Las tres gracias que me pidas,  
Las que en cualquiera ocurrencia  
Te sacarán bien de todos  
Los lances en que te veas.  
—Pues si eso todo es así.  
Respondió el patán con flema,  
Tomadla pues.—Y le dió



Toda la suma completa,  
 El enano, agradecido  
 A dádiva tan ingenua,  
 Le dijo:—Tu proceder  
 Merece una recompensa,  
 Y así dime las tres cosas  
 Que en este mundo deseas,  
 Y las verás concedidas  
 Sin que falte ni una letra.—  
 El patán se alegró mucho,  
 Y su contento renueva,  
 Y restregando mil veces  
 Su gran frente y sus melenas,  
 Al fin dijo:—Pues, amigo,  
 Yo solamente quisiera  
 Un arco muy primoroso  
 Con su bordon y ballesta,  
 Que al objeto que apuntara  
 Precisamente le diera;  
 También quisiera un violín  
 Que, al tocarlo yo, le hiciera  
 Bailar á todos cuantos  
 Mis consonancias oyeran;  
 Y por último deseo,  
 Por la petición postrera,  
 Que todo lo que yo pida  
 Al punto se me conceda.—  
 Cuando el gañán concluyó,  
 El enano con franqueza  
 Le dijo:—Pues concedido  
 Está todo lo que ruegas.—  
 Y al punto le entregó el arco  
 Armado con su ballesta;  
 Le dió un violín, y le dijo,  
 Que la petición tercera  
 También le está concedida,  
 Pues todo cuanto pidiera  
 Ninguno le negaría.—  
 Y el enano, cual centella,  
 Desapareció á su vista  
 Con la mayor lijereza.  
 Quedóse el patán contento,  
 No creyendo que en la tierra  
 Mas fortuna haber pudiese  
 Que la que él experimenta.  
 A poco rato de marcha  
 Un viejo judío encuentra  
 Que atento miraba un árbol,  
 En cuyas ramas espesas  
 Estaba un ufano mirlo,  
 Que con muy dulces cadencias  
 Cantaba con tanta gracia  
 Que embelesaba la idea.  
 —; Qué ave tan primorosa!  
 Decía el judío, ¿qué lengua  
 Imitar podrá el acento  
 Con que este animal se expresa?  
 ; Cualquiera cosa daría  
 Por poder yo poseerla!  
 —; No es mas que eso? el patán dijo,  
 Pues ya podeis ir por ella.—  
 Y apuntando con su arco  
 El mirlo cayó en la tierra.  
 El usurero judío  
 Se metió por la alameda  
 Para recoger el mirlo  
 Que ansiaba con tanta fuerza,  
 Y sacando el ginebrino  
 Su violín con lijereza,  
 Empezó á tocar mil sonos  
 De muy distintas maneras.  
 Al punto el viejo usurero,  
 A pesar de su torpeza,  
 Empezó á bailar de modo  
 Que se quebraba las piernas.  
 Tanto brincaba y saltaba  
 En medio de la maleza  
 Que deshizo los espinos,  
 Y hasta hizo polvo las piedras,

Se desgarró los vestidos,  
 Y gritaba, ya sin fuerza:  
 — Señor músico, ya basta,  
 Porque el demonio me lleva;  
 De ese maldito violín  
 Callad el son de sus cuerdas,  
 Pues que se me sale el alma  
 Haciendo tantas corvetas.—  
 El patán le respondía,  
 Tocando con mayor priesa:  
 — Pues que desollaste á tantos,  
 Justo es que tu piel perezca.—  
 Viendo el pícaro judío  
 Que iba á perecer por fuerza  
 En medio de sus respingos,  
 Vaivenes y zapatetas,  
 Dijo con trémula voz,  
 Que si paraba la fiesta  
 Le ofrecía cien florines  
 Porque cesara la gresca.  
 Enternecido el patán  
 Aceptó la dicha oferta:  
 Cesó el violín, y cesaron  
 Las cabriolas violentas.  
 El usurero quedó  
 Mas blando que una manteca,  
 Y entregó sus cien florines,  
 Que era toda su riqueza.  
 Separáronse, y al punto  
 Fué el judío con presteza  
 A un juez, y la queja expuso  
 Del lance que dicho queda:  
 Dió las señas del patán,  
 Y con mayor evidencia,  
 Del condenado violín  
 Que á tanto dolor lo entrega.  
 Con tan seguros indicios  
 Fué aprehendido con presteza  
 El patán, y presentado  
 Al juez en comparecencia.  
 El usurero judío  
 Reclama con entereza  
 Sus cien florines, que dice  
 Le ha robado aquel Babiaca.  
 El paleto renegaba,  
 Diciendo que premio eran  
 De su música, y ajuste  
 Que hicieron por suspenderla;  
 Mas al fin el juez falló  
 Arreglado á las Pandectas,  
 Y la sentencia de horca  
 Por robo, al gañán decreta.  
 Humildemente escuchó  
 De su suerte la condena,  
 Y estando al pié del suplicio  
 Suplicó al juez que lo oyera.  
 — Señor, dijo, ya que voy  
 A sufrir la pena impuesta,  
 Suplico se me permita  
 En esta hora postrera  
 Tocar mi triste violín  
 Que huérfano al fin se queda.—  
 El usurero se opuso  
 Con todo vigor y fuerza,  
 Mas el juez lo concedió  
 Usando de su clemencia,  
 Y porque debía cumplirse  
 Del enano la promesa,  
 Y de las tres peticiones  
 La proposición tercera,  
 Que fué que lo que pidiese  
 Todo se le concediera.  
 Diéronle pues su violín,  
 Y cuanto á tocar empieza,  
 El juez con el escribano  
 Y alguaciles con gran priesa  
 Empezaron á bailar  
 Con una furia sin rienda.  
 Conforme subía los puntos

Subían á las estrellas  
 Las forzadas cabriolas  
 De toda la concurrencia.  
 El verdugo soltó al preso,  
 Y sobre la misma cuerda  
 Bailaba, mas que mil trompos  
 Bailar y rodar pudieran;  
 El usurero judío  
 Cabriolaba con destreza,  
 Y ya todos destrozados,  
 Creyendo su hora postrera,  
 Sudando á ríos y á mares,  
 Sacado un palmo la lengua,  
 El juez con trémula voz  
 Dijo al patán suspendiera  
 Los ecos de su violín,  
 Y anulaba la sentencia,  
 Y á mas que los cien florines  
 Le adjudicaba por prenda.  
 Hizolo así, y se paró  
 Al punto toda la gresca,  
 Y al momento mandó el juez  
 Que el usurero dijera  
 De aquel dinero el origen  
 Y la veraz procedencia.  
 El usurero al instante  
 Confesó robados eran,  
 Y el juez decretó su muerte  
 Sin que traslado se diera,  
 Y en la horca del patán  
 Al usurero lo cuelgan.  
 El gañán con su violín  
 Se fué salvo y sin gabelas;  
 Y este suceso tan raro  
 Es verdad, y hay que creerla,  
 Pues lo ha noticiado al pueblo,  
 Con puntualidad extrema,  
 El correo que ha venido  
 De la ciudad de Ginebra.

(El violín encantado, Pliego suelto.)

La misma virtud, que se supone en este romance al violín encantado, tenía el cuerno de caza que regaló Oberón, rey de las hadas, al famoso y devoto Hugo de Burdeos, según se ve en la preciosísima novela caballeresca, escrita en el siglo xiv sobre este héroe que lleno de devoción y de buena fe, pero frágil y enamorado, dió fin á una multitud de tiernas empresas amorosas y á tantas aventuras guerreras. El libro que de ellas trata es uno de los mas apacibles y divertidos.

## 1266.

## LA HERMOSA ROSIMUNDA.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Aunque en la pluma desmayos  
 Manifiesta sentimientos,  
 Y el corazón con deliquios  
 Quebranto y dolor intenso,  
 No por eso la memoria,  
 Voluntad y entendimiento  
 Dejan de darle á los hombres  
 Noticia de este suceso,  
 Interesando que el mundo  
 Admita algún escarmiento,  
 Y se contenga mirando,  
 Y no audaz busque el despeño.  
 Así con toda atención  
 Todo viviente esté atento,  
 Oírán la mas rara historia  
 Que han dado al orbe los tiempos,  
 Y á un incauto proceder  
 Las penas que se siguieron;  
 Que el mundo como imprudente,  
 Fiero enemigo encubierto,  
 Estimula á vil hazaña,  
 Por ser despuesregonero.  
 Pero llevando por norte  
 La misma verdad que emprendo,  
 Daré principio á esta historia;

Y así digo, que en el reino  
 De la hermosa Lombardia,  
 Pensil frondoso y ameno,  
 En su capital, que es Pavia,  
 Hubo un noble caballero,  
 Llamado Angelio, que era  
 Del Rey muy cercano deudo:  
 La reflexion aqui puede  
 Medir quién era el sugeto.  
 Levantóse contra Italia  
 La Lombardia, y atento  
 El Rey, á su deudo llama,  
 Y con su real juramento  
 Por general de su campo  
 Lo votó, y en marcha puesto,  
 Llegó á la vista de Italia,  
 Haciendo al primer encuentro  
 Que á su poder se rindiese  
 Desde el grande hasta el pequeño.  
 Y al general italiano,  
 Por audaz y desatento,  
 Lo degolló, y de su casco  
 Hizo un vaso bien pequeño:  
 Memoria que de su muerte  
 Fué desastrado instrumento,  
 Y á una hija que tenía  
 Se la llevó en cautiverio,  
 De la cual enamorado  
 Quedó el general Angelio;  
 Y la hermosa Rosimunda  
 Gustosa en el casamiento  
 Entró, quedando, de esclava,  
 Señora y dueña del dueño.  
 Retiróse á su palacio,  
 Y en honra, gloria y obsequio  
 De su conseguido enlace  
 Y de su amor el acierto,  
 Dispuso hacer un banquete,  
 Y á su atención concurrieron  
 Los grandes de aquella corte;  
 Y rematado el festejo,  
 Le dió gana á Rosimunda  
 De beber, y en el pequeño  
 Vaso, casco de su padre,  
 Le dió el agua, así diciendo:  
 — Bebe en la propia cabeza  
 De tu padre y de mi suegro.—  
 Tanto sintió Rosimunda  
 Este caso, que en silencio  
 Lo pasó mientras dispone  
 La venganza contra Angelio  
 Su esposo, y á pocos dias,  
 Convertido ya en veneno  
 Mortal todo su cariño,  
 Se valió de un escudero,  
 De quien mucha confianza  
 Hizo para su mal hecho.  
 Y despues de mil promesas  
 Y varios ofrecimientos,  
 Le dijo:— Dale la muerte  
 A tu amo, y para ello  
 Induce á mi mayordomo;  
 Pero sabe que te advierto  
 Que está á peligro tu vida,  
 No quitándosela á Angelio.—  
 Buscó el paje al mayordomo,  
 Cuyo nombre es Paradeo;  
 Le dijo lo que pasaba,  
 Y juntos se convinieron  
 En dar muerte al General;  
 Y una siesta, cuando al sueño  
 Estaba entregado, entraron  
 Los dos con fuertes peltrechos,  
 Y sin poder defenderse,  
 Allí la muerte le dieron,  
 Quedando en las tres personas  
 Bien escondido el secreto,  
 Dando al comun una voz  
 En que inculpables los vieron;



Que siempre los agresores  
 Son de su maldad correos.  
 Y despues del funeral  
 Correspondiente á su empleo,  
 Y Rosimunda tambien  
 Satisfecha por entero,  
 Concertó despues casarse  
 Con el mayordomo, siendo,  
 Sobre inaudita maldad,  
 Un desdoro verdadero.  
 Y temiéndose que el Rey  
 Lo sepa, y haga escarmiento  
 Correspondiente al delito,  
 Pues está clamando al cielo,  
 Rogieron el tesoro  
 Y alhajas de mucho precio,  
 Y en tres famosos caballos  
 Ocultamente salieron,  
 Y á la gran corte de Lóndres  
 Llegaron con el pretexto  
 De estar algun tiempo en ella  
 Admirando su embeleso.  
 Sentaron su domicilio  
 Con aparato tan regio,  
 Que en breve trajo la pompa  
 Los grandes conocimientos.  
 En fin, á la novedad  
 Varias gentes concurrieron  
 A visitarlos, y todos  
 Suyos se constituyeron.  
 Pero cuando el corazon  
 Se pervierte en un sugeto  
 Ensayado en las maldades,  
 Va á mas y olvida lo ménos.  
 Así pues en Rosimunda  
 Sucedió, que el que hace un cesto,  
 Dice un antiguo refran,  
 Hará sin dudar un cieuto.  
 Y fué que de su hermosura  
 Se enamoró un consejero,  
 Que entre la nacion inglesa  
 Era el de mayor respeto,  
 Y conociendo que haria  
 La ingrata dama su intento,  
 Su amante se declaró,  
 Y sacaron en acuerdo,  
 Que á Paradeo matase,  
 Y que pasado ya el duelo  
 Contraerian matrimonio,  
 Que fué añadir yerro á yerro.  
 Y puesta en planta su infamia,  
 Con traidores pensamientos  
 En un vaso cristalino  
 Echó porcion de veneno  
 En ocasion que se hallaba  
 Algo enfermo Paradeo,  
 Y ajeno de esta maldad,  
 Rosimunda con empeño  
 De sus cariños le hizo  
 Que tomara por remedio.  
 Aquella corta bebida  
 Para su alivio y recreo.  
 Tomó el inocente el vaso,  
 Y habiendo bebido medio,  
 Se conoció atosigado,  
 Y con impetu soberbio  
 La espada desenvainó,  
 Y poniéndosela al pecho  
 A Rosimunda, le hizo  
 Se bebiera el demas resto,  
 Y de esta suerte los dos  
 De allí á muy poco murieron.  
 Supo el rey de Inglaterra  
 La desgracia, y bien impuesto  
 Desde el principio hasta el fin,  
 Porque nada hay encubierto,  
 Mandó al momento que al paje,  
 Por agresor del primero,  
 Le sacasen ambos ojos,

Y que matándole luego,  
 Con los cuerpos de los dos,  
 Rosimunda y Paradeo,  
 Los arrojasen al campo  
 Para pasto de los perros;  
 Y al Consejero tambien,  
 Por ser noble y ser sugeto,  
 Mandó que lo degollasen,  
 Y que á pregon fuera puesto  
 Su delito, para que  
 Sirva en el orbe de espejo.  
 Esto es lo que el mundo ofrece  
 A cuantos le siguen ciegos,  
 Pues conforme con él viven,  
 Así les ofrece el premio.  
 ¡Oh fatuo soberbio hombre,  
 Que cada instante estás viendo  
 En el jardin de las tetras  
 De estas flores un sin cuento,  
 Sin tomar en sus olores  
 Un párvulo fundamento!  
 No, no has de tener disculpa  
 En el juicio venidero,  
 Pues desprecias los auxilios  
 Que Dios da cada momento:  
 El nos conserve en su gracia  
 Y nos dé su santo reino.

(Romance de la hermosa Rosimunda, Pliego suelto.)

! Es asunto de este romance el mismo que el del núm. 576,  
 sin mas diferencia que haber trocado el nombre histórico de  
 Alboyno en el fabuloso de Angelio.

1267.

RODULFO Y CASANDRA.— I.

(Anónimo.)

¡Ah del real supremo trono!  
 ¡Ah del alcázar excelso!  
 ¡Ah del domicilio heróico!  
 ¡Ah del suntuoso templo,  
 Adonde asiste la diosa  
 Que con su dorado plectro  
 Al orbe le da noticia  
 De las hazañas y hechos  
 De los heroes mas famosos  
 Para su memoria, puesto  
 El que, á no ser por la fama,  
 Los sepultara el silencio!  
 Oye, fama, y haz notorio  
 Al orbe áqueste suceso,  
 Aunque para referirlo,  
 Y salir bien con empeño,  
 Me valdré de la Señora  
 Emperatriz de los cielos,  
 En cuyo amparo fiado,  
 En nombre de Dios comienzo.  
 En Hungría, gran ciudad,<sup>1</sup>  
 La mejor que baña Febo,  
 Pues sus soberbios castillos,  
 Azotes del agareno,  
 Al cielo suben escalas,  
 Asaltando su hemisferio,  
 Tiene por foso el Danubio,  
 Cuyos cristales soberbios  
 Amontonados se hacen  
 Escala para los cielos,  
 Para apagar con su nieve  
 Toda la region del fuego.  
 Son sus damas tan gallardas,  
 Que en hermosura son Venus,  
 En discrecion Atalantas,  
 Semiramis en lo regio,  
 En lo fuerte son Tomiris,  
 Siendo sus ojos flecheros  
 Adonde tiene Cupido  
 Sentado todo su imperio;  
 Su nobleza esclarecida,

Cuyos gallardos mancebos,  
 Siendo Martes en campaña,  
 Son Adónis en lo bello.  
 Sobresalia entre todos  
 Un noble y bello mancebo:  
 Rodulfo tiene por nombre,  
 Respetado en todo el pueblo;  
 Es muy amado en su patria  
 Por cortés y por discreto.  
 En esta ciudad habia  
 Una hija de un caballero,  
 Cuyo nombre era Casandra,  
 En quien compiten á un tiempo  
 Nobleza, belleza y gala,  
 Y discrecion, con que atento,  
 Viendo Rodulfo las prendas  
 De tan divino sugeto,  
 La pretendió para esposa  
 En licito galanteo.  
 A los principios Casandra  
 Ocultó su rostro bello;  
 Mas luego con los encantos  
 De músicas y paseos,  
 De papeles y regalos,  
 Tanto su amor fué creciendo,  
 Que si esta llama no fuera  
 Incendio que arde encubierto,  
 No dudo se hubiera visto  
 Troya abreviada en dos pechos.  
 A este tiempo el conde Enrique  
 Llegó á Hungría con un pliego  
 En el cual daba noticia  
 Cómo ha tenido un encuentro,  
 Una sangrienta batalla,  
 La victoria consiguiendo  
 De la Reina Poderosa  
 Contra un enemigo fiero,  
 Por cuya felice nueva  
 En la ciudad dispusieron  
 Por tres dias luminarias,  
 Y luego el dia postrero  
 Toda la caballeria  
 En su plaza dispusieron,  
 Por remate de la fiesta,  
 De gala hermosos torneos,  
 Y con las plausibles cañas,  
 Que se remate el festejo.  
 Poblóse su circo hermoso  
 De damas y caballeros  
 En sus dorados balcones,  
 Que es admiracion el verlos.  
 Entró Rodulfo en la plaza,  
 Mantenedor del torneo,  
 En un valiente caballo  
 Exhalacion de sí mismo:  
 Era cisne en la color,  
 Y garza con tal esmero,  
 Que paseando la plaza  
 Tiraba la arena al cielo,  
 Y envuelto en el mismo polvo  
 Parecia desde léjos  
 Nube que despide rayos,  
 Siendo relinchos los truenos,  
 Peinándose con las manos  
 Las clinas á un mismo tiempo;  
 Iba á lo turco vestido,  
 Con el alquicer cubierto,  
 Que de llamas de rubies  
 Apuró á Ceylan lo bello;  
 Lleva en la adarga por mote  
 Geroglífico discreto,  
 Un corazon entre llamas,  
 Y la letra va diciendo:  
 «Aunque me veo abrasado  
 ¡Hallo gloria en este infierno.»  
 En fin paseó la plaza,  
 Y al balcon llegó lijero  
 Adonde estaba Casandra,  
 Llevándose los trofeos

De aquellas húngaras damas.  
 Aquí Rodulfo lijero  
 Hizo al valiente caballo  
 Se arrodillase en el suelo,  
 Con que Casandra, llevada  
 De su amor y de su afecto,  
 Dejó caer una banda,  
 Y un lacayo bien atento,  
 De veinte y cuatro que lleva,  
 La alzó, dándola á su dueño,  
 El cual al punto la ciñe  
 Atravesándole el pecho,  
 Favor que en público hizo  
 Público su galanteo.  
 En su tienda de campaña  
 Rodulfo tomó su asiento,  
 Esperando de que entrasen  
 Todos los aventureros,  
 Que asoman por cuatro partes  
 Tan bizarros y compuestos  
 De motes, plumas y galas,  
 Que es admiracion el verlos.  
 Dieron vuelta por la plaza  
 Con caracoles diversos,  
 Y llevaba el conde Enrique  
 Un caballo tan lijero,  
 Que era en la carrera rayo,  
 Y en la color era overo,  
 Andaluz en lo arrogante,  
 Y relámpago en lo presto.  
 Sonaron, en fin, de Marte  
 Los bélicos instrumentos,  
 Y ya puestos frente á frente  
 Empezaron el torneo.  
 Aquí la pluma de Lope  
 Quisiera tener mi aliento,  
 Para contar la destreza  
 De los nobles caballeros,  
 Y de los fuertes caballos  
 Lo feroz y lo lijero,  
 Llenando de espuma y sangre  
 Todo el circo hermoso y bello;  
 Y en fin, de nieve y rubies  
 Adornaron todo el suelo,  
 Y hechas las astas astillas,  
 Cuyas piezas ascendieron  
 A la encendida region,  
 Y los que ántes subieron  
 Pedazos de fresno duro,  
 Bajaron cenizas hechos;<sup>2</sup>  
 Pero Rodulfo y el Conde  
 Se llevaron los afectos.  
 Jugaron en fin las cañas  
 Con todo primor y esfuerzo;  
 Cada caña de Rodulfo  
 Es saeta para el pecho  
 De la divina Casandra,  
 Que se abrasa en vivo fuego.  
 Diérase fin á las fiestas,  
 Y fué Rodulfo asistiendo,  
 Hasta llegar á su casa,  
 A su bellissimo dueño  
 Coronado de favores,  
 Con que en fin se despidieron.  
 Con su licencia otro dia  
 Fué Rodulfo, y muy atento  
 A su padre le pidió  
 Le concediese por dueño  
 A la divina Casandra,  
 Y el padre responde atento,  
 Que dentro de pocos dias  
 Responderia á su empeño.  
 Con esto se despidió,  
 Y estando el cielo sereno,  
 Se levantó una borrasca  
 Entre estos amantes tiernos.  
 Fué el caso que el conde Enrique  
 Llegó con el mismo empeño  
 Suplicándole á sus padres